

# CRONICA INTERNACIONAL

LA PAZ.

“Io vo gridando pace, pace, pace...”  
(*Divina Comedia.*)

¡La paz!... Pensemos en el “Patriam fecisti diversis e gentibus unam”. No nos prohibamos el recuerdo de la paz de Augusto. De su siglo, el monumento que no perece, es la Historia de Tito Livio. La Roma de la paz, se nos instruye, ha sido creada por la Roma que enseña a guerrear al orbe. Uno de los edictos de Augusto disponía la ordenación de los archivos del Capitolio. Fué el pacificador quien al restaurar la Regia en el Foro hizo que se grabasen allí los Fastos consulares. Quiere que sean las tradiciones antiguas, las que consoliden la República... La historia es política en acción, y los héroes seculares maestros de virtud. De Augusto mismo partió la iniciativa de que se leyera en el Senado el discurso de Q. Metelo sobre la conveniencia de multiplicar el número de hijos, y el de Rutilio contra el lujo de las construcciones. Si Virgilio, poeta, canta a Roma fuera del tiempo, Tito Livio, historiador, la sigue en el sucederse de las generaciones. A seguirla se aplicó veintidós años desde la batalla de Actium hasta la muerte de Druso. Hasta este episodio llegan también los ciento cuarenta y dos libros de la historia, que empieza, claro está, en los orígenes de Roma. De los ciento cuarenta y dos, el mundo actual no posee más que treinta y cinco. Para aleccionarnos, ciertamente bastan, y es aleccionar lo que en las Décadas se busca. No vaticinaremos bien, nos advierte, si no sabemos restaurar el antiguo estado de cosas. Un emperador no rehusa las

ejemplaridades que la República legó a la posteridad. La paz de Augusto se inscribe en el recomenzar perpetuo de los designios y de los afanes de Roma. La paz que el 8 de mayo nos fué comunicada, reanuda anales sin transfigurar la condición ni el destino de las sociedades y los Estados. A las cero horas y un minuto de la madrugada del 9, todas las fuerzas del Reich, las de tierra, aire y mar se rendían sin condiciones. Los ejércitos ahora se restituyen a una vida mejor. "Con entereza sin par y con altísimo denuedo han peleado todos —se recuerda en *Vértice*—. Al deber y al honor se han inmolado con grandeza millones de combatientes para los que la muerte es resurrección y vida perdurable. Han sabido, como los mejores de todos los tiempos, abdicar la materia y darla en holocausto". Así es en verdad, pero las virtudes de la guerra no le quitan lo que trae de ignominiosa o de estéril. En su proclama dijo el almirante Doenitz: "Los soldados alemanes, veteranos de innumerables batallas, siguen ahora el amargo camino que conduce al cautiverio". En una de sus alocuciones al pueblo inglés afirmó Churchill: "En toda nuestra larga historia no ha habido nunca un día más grande que éste: Dios os bendiga." Y en otra: "Volvimos después de largos meses de las garras de la muerte y de la boca del infierno". Y el Santo Padre y Jorque VI y el Presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman, y Oliveira Salazar dijeron palabras memorables, que no comentaremos hoy.

En trescientos años, veintitrés fueron las grandes guerras. Aquellas a que pusieron fin los tratados de Munster y de Osnabruck duraron treinta años, exactamente como la otra que terminó con la tregua de Bruselas. Con el tratado de Karlowitz concluyó una guerra de dieciséis años; con el de Utrech, otra de catorce; y con el de los Pirineos y el de Nimega, dos de once. En las veintiséis, y contamos las grandes solamente, invirtieron las naciones en el exterminio mutuo doscientos ocho años.

El pasado, al que nos debemos, modera nuestra esperanza ante la paz que adviene en 1945. ¿Paz justa? Las naciones reunidas en San Francisco de California así lo creen. Cuando terminen sus deliberaciones sabremos si consolidarla es posible. La justicia no baja a este mundo nuestro más que una vez cada siglo; la cordura no tan frecuentemente. Pidamos,

con todo, a la paz sus beneficios y creamos que esta vez abre una era que ojalá regenere las almas... Sin abandonarnos a ilusiones, a sabiendas de que lo son, nuestro deber es confiar.

LA ALOCUCIÓN DE MONTGOMERY Y LAS REIVINDICACIONES  
SOBRE ALEMANIA.

De manos de Zukhof, uno de los mariscales de la U. R. S. S., recibieron a la vez Eisenhower y el mariscal Montgomery un estuche azul. Lo abrieron, y un presente como el que hacían los Zares les relumbró en los ojos. Eran las insignias de la Orden de la Victoria, en las que daban su centelleo diamantes y rubíes en número de noventa y uno. Por primera vez concedía el Kremlin la condecoración más preciada en la Rusia de 1945 a ciudadanos no soviéticos. Montgomery dijo con su sobriedad de siempre: «El honor me abruma.» La Orden de la Victoria sucede a las grandes Ordenes de los días de los Zares. Más que un cometa nos presagia mutaciones en el decorado de la sociedad moscovita. En 1794, tres meses antes de la caída de Robespierre, vaticinó un sagitario de París, un libelista de los mejores, la tregua *thermidoriana*. Le bastó para su pronóstico ver brillar de un cierto modo los espejos y los candelabros. Es posible, pues, que en el estuche azul que de manos de Zukof recibieron Eisenhower y Montgomery fuljan cifras del destino. No eran sino de ayer, después de todo, Ordenes imperiales de Rusia como las de San Andrés, Santa Catalina o San Wladimiro. La más remota era la del Aguila Blanca, que no adquirió carta de naturaleza rusa hasta 1831. Fué fundada, eso sí, en el siglo xiv por el rey de Polonia Ladislao V, y fué otro soberano de este país, Augusto II, quien la renovó en el xviii. Ordenes de la Gran Bretaña como la de la Jarretiera o la del Baño nacen el siglo xiv, pero se hacen y se rebacen mucho después. La de antigüedad más pura ha sido la Orden Teutónica, fundada a fines del xii por el duque Federico de Suabia, abolida en parte por Napoleón en 1809, más no difunta, aunque la cantaran exequias sus antiguos heraldos y farautes. En el presente de las insignias de la Orden de la Victoria, diamantes y rubíes

en número de noventa y uno, son en su centelleo una palpación de la época. Francfort, sobre el Main, sede un tiempo de la Confederación germánica, fué el lugar de la ceremonia. De Francfort era Goethe, que heredó si de su padre la estatura; de su madre, el gusto por crear historias, por fabular. Es él quien lo cuenta en un epigrama que nos transmite este verbo. Del padre, la talla: «Vom Vater habich die statur», y de la madre, Catalina Elisabeth Textor, hija por cierto de un burgomaestre de Francfort:

*Vom Mutterchen die Frohnatur  
Die Lust zu fabuliren...*

Y viejo ya, el autor de *Hermann y Dorotea* nos confiesa: «Mi obra ha buscado su nutrición en miles de personas diversas.» Y también: «Es la obra de un ser colectivo que lleva el nombre de Goethe.» A un ser de mil semblantes, ser colectivo, al pueblo alemán tan múltiple y tan uno, ha hablado Montgomery. Es la radio de Hamburgo la que ha esparcido el mensaje en que gentileza y firmeza han cerrado los ojos para ver. Ante algo más que ante el guante de seda sobre el puño de hierro estamos. Es frase célebre la de «el Señor deja a veces que la brisa evangélica se haga huracán...». Asistimos, con todo, conturbadamente a una actitud nueva de los vencedores ante los vencidos. En los Códigos del honor no hay regla de oro que Montgomery no haga suya. Pero necesita también instaurar para el futuro calificaciones no vigentes hasta ahora sobre el hecho de armas. Es un deber penoso el suyo, pero la voz de millones de muertos suena en sus palabras. En el juicio final de la historia la misericordia y la justicia serán menos inflexibles que Montgomery. El héroe por otra parte, y el mariscal lo es, acaba siendo magnánimo. Pero en su alocución por la radio de Hamburgo ha dicho: «Os preguntaréis con frecuencia por qué nuestros soldados no os conceden atención cuando les saludáis en la calle y por qué no juegan con vuestros hijos. Nuestros combatientes actúan de acuerdo con órdenes recibidas. A vosotros no os gusta esa actitud; a ellos tampoco.» Ha recordado luego el mariscal que hay razones para proceder con esta

dureza. También en 1918 los generales de Alemania capitularon y también sus ejércitos conocieron la derrota. Pero los vencedores firmaron el armisticio a unas leguas de París, y no, por ejemplo, en Potsdam, sobre las cenizas imperiales de los Federicos. Antes, durante la guerra, no fueron devastadas las ciudades de Alemania como lo habían sido las de Francia o las de Bélgica. Pudo la nación vencida imaginar que la derrota no alteraba su ser profundo. Admite Montgomery que las ideas sobre la condición del hombre o sobre su destino van cambiando. Se quiere que Alemania medite en la expiación este retorno de las comunidades humanas a la libertad. España ha pasado estas concepciones por el crisol de la fe y por el crisol de los siglos. Sabe a qué atenerse, pero esta vez mira y ve antes de tomar partido. Montgomery ha acusado al pueblo alemán sobre el que cien reveses pesan. «Vuestro pueblo —les ha dicho— es responsable de que esta guerra estallara. Si no os lo hacemos ver claramente, os dejaréis engañar por los que os dirigen y os conducirán a una tercera guerra.» De las masas alemanas, según el mariscal inglés, salieron los jefes, y ellas son responsables del comportamiento de los hombres de Estado. «Mientras iban bien las cosas, os regocijabais —ha precisado—, hacíais fiestas y reíais. Por eso nuestras soldados no se conducen amistosamente con vosotros. Si procedemos así es para salvaros a vosotros, y para salvar a vuestros hijos y al mundo de una nueva guerra. No será siempre así, porque somos cristianos y consiguientemente nos es fácil perdonar. Nos gusta sonreír y tender a la concordia, pero nos urge ir contra el mal del nacionalsocialismo.» Quien habla así es un caballero y un gran soldado, pero no quizá un filósofo de la historia. Quien lo sea hablará en su día, sin que sus contradictores se lo veden. En el tercer centenario de la muerte de Quevedo, que se cumple en 1945, hemos releído el *Marco Bruto*, que es obra de la que Aureliano Fernández Guerra dijo: «El la distinguió sobre todas; a limarla consagró sus últimos días, y en concluirla se ocupaba cuando le sorprendió la muerte.» Pues al final del libro, después de la suasoria séptima de Marco Anneo Séneca el Retórico, agregada con la sexta al tratado, don Francisco de Quevedo declama por la vida de Cicerón, y escribe: «No

hay mayor locura que pedir, Antonio, que Cicerón quemase sus obras, ni cosa más sin riesgo que abrasarlas. La llama las imprime de nuevo en cada pavesa suya en que las desata. Libros tales la persecución los encomienda, la contradicción les da precio: puede Cicerón morir; ellos no.» El filósofo de la historia emitirá su dictamen sobre el tercer Reich, que es dictamen que pide lejanía en el tiempo, ya que no en el espacio. ¿Dirá del fundador del nacionalsocialismo como de Julio César se dijo, «que vivió en las batallas donde se muere y murió en los palacios donde se vive»?

No conjeturemos todavía, porque el porvenir no se deja mirar. Piensa Alemania, más que en el trato que recibe de los vencedores, en los territorios que va a restituir o va a ceder. Que nos sirvan unas fechas para recapitular unos hechos: Enero de 1933: El nacionalsocialismo asume el poder y el mando.—Febrero de 1935: Un plebiscito reincorpora el Sarre a Alemania. Sarrebruck, Neuvkirchen, Völklingen, Snt. Ingbert y otras ciudades del territorio, tan germanizadas siempre, se regermanizan más aún.—Marzo de 1936: Recupa el Reich la zona desmilitarizada en el Rhin.—Noviembre del mismo año: Decretan el Führer Canciller y su Gobierno la abolición del régimen internacional para los ríos alemanes. 13 de marzo de 1938: El Reich anexiona a Austria, que ha sido un Imperio alemán, pero también por sí y ante sí, y con Hungría, un mundo. Recibe de Stiria, cuya metrópoli es Gratz, más de 17.000 kilómetros cuadrados; del Alto Danubio, con Linz, más de 14.000; del Tirol-Voralberg, con su Inspruck, más de 13.000; de la Carintia, con Klagenfurth, más de 11.000; del Salzburgo, con su Mozart dentro, más de 7.000, y de Viena, más de 1.000. Pero no se precisen extensiones territoriales. Gratz, Inspruck, Salzburgo o Viena unían al culto de sus tierras el culto de sus muertos. Eran y son ciudades cargadas de flúido, con historia, con leyenda y con númenes. Lo austríaco es una calidad en el mundo; pero continuemos. 1 a 10 de octubre de 1938: Expropiación del país de los Sudetes alemanes, con tres millones de habitantes y burgos como Reichenberg, Rodembach, Aussig, Gablonz, Karlsbad, Teplitz-Schönau y otros.—15 de marzo de 1939: El Reich agrega a sus países los de Bohemia y Mo-

racia, sobre los cuales se erige en Protectorado. Resuelve que el Jefe de la Administración autónoma goce de la jerarquía y de los derechos de honor de un Jefe de Estado. El Protector del Reich en Bohemia y Moravia reside en Praga, y es él quien confirma a los miembros del Gobierno. Bohemia mide una extensión de 32.176 kilómetros cuadrados, con 4.473.900 habitantes, y Moravia una de 16.783, con habitantes 2.211.400. Hay ciudades populosas, como Praga, Brunn, Pilsen, Mahr-Ostrau y Olmutz, y otras menores que los Tratados hicieron checoslovacas.—22 de marzo de 1939: Alemania añade a sus provincias el territorio de Memel, y meses después, el 1 de septiembre, Dantzig, con las poblaciones de Bromberg, Durchau, Elbing, Cotenhafer, Graudenz, Mariemburgo, Marienwerder y Thorn, y algunas más. En septiembre, asimismo, las tropas alemanas ocupan la Polonia Occidental, y dos meses después reincorpora el Reich la Prusia Occidental, el país del Warthe con Posen y con ciudades y villas como Gnesen, Hohensalza, Kalisch, Leslau, Lodsch, Ostrowo, Pabjanice, Zuluńska, Wola, Zgierz y otras, y la Alta Silesia del Este.—Noviembre de 1939: El Gobierno alemán restituye a Eslovaquia territorios que le fueron arrebatados —así lo dice el convenio entre Berlín y Bratislava— por el antiguo Estado polaco en 1920, 1923 y 1938.

Bástenos esta recapitulación para que sepamos muy probablemente cuáles serán los países que Alemania pierda. No aludamos a las reivindicaciones de algunos Estados sobre zonas vivas de la nación derrotada. Holanda, por ejemplo, premedita ya algunas que ha expuesto en San Francisco de California con la voz de su ministro de Negocios Extranjeros, V. Kleffens: «Soy partidario de que nos quedemos con las dos regiones alemanas limítrofes que muchos holandeses piden como compensación de las destrucciones causadas a nuestros pueblos. Los alemanes han arruinado nuestra agricultura y han destruído muchas de nuestras instalaciones industriales, aparte de trasladar otras. Necesitamos divisas. Es, pues, necesario que anexionemos esas regiones alemanas, de poca extensión ciertamente, pero aptas para la reconstrucción de nuestra economía.» (Este discurso no apacigua la gran nostalgia de las posesiones distantes en el archipiélago

asiático. Batavia javanesa, capital de todas las colonias, está, como reza la canción, «siempre allí». Java y Sumatra, las dos islas de la Sonda, con sus adyacentes Balí, Lombok, Sumbaba, Flores o Timor, que prolongan la Indochina, y Borneo, y las Célebes, y las Molucas, de las que España en sus mediodías solares trajo especias antes que nación alguna, están, en efecto, más allá del horizonte usado. Más que las anexiones caseras ofrecen aún y todavía a Holanda la nuez moscada o el clavo jiroflé.) En cuanto a Bélgica, reclama, además de Eupen y Malmedy, cinco municipios: Kitnherber, Koncen, Montjoice, Lamersdorg y Rottgen. Polonia, a la que la U. R. S. S. empuja hacia el Oeste, asentará sus confines en las márgenes del Oder, y acaso pida la Silesia, ya que Rusia le ha quitado provincias entre la muga oriental polaca y la línea Curzón. Checoeslovaquia, además del rescate de los Sudetes, se propone poner la garra, cuán diminuta aún, en una isla de 2.500 kilómetros cuadrados, situada junto a Kottbus, a 110 kilómetros al sur de Berlín. Era esta isla, que segrega distancia como las atalayas horizonte, era de los wendos, que, según algunos etnógrafos —según otros no—, pertenecen, como los checos y los eslovacos, al grupo leto-eslavo. En Praga no son tan sólo etnógrafos los que piden la isla, mientras otros checos, más irredentistas aún, no se satisfacen con menos que con la Silesia austríaca, con Teschen dentro y con toda la Silesia prusiana que las fuerzas del Gabinete de Varsovia ocupan en parte.

Recuerda *Arriba* que un historiador francés, que es diplomático, Defels, defiende en un libro la conveniencia de que la Gran Bretaña someta a su jurisdicción y a su fuero el ex reino de Hannover, los ducados de Oldenburg, Lauenburg y Hosstein, así como Kiel y el canal del mismo nombre, la isla de Heligoland y la de Walcheren, que debería ser anexionada, «pues que los ingleses poseen ya las islas francesas de Guernesey y Versey». Este es ya el soñar de las estrellas, pero un historiador necesita su poco de desvarío en una noche de verano. Lo que Inglaterra, los Estados Unidos, Rusia y Francia ocupen en la nación vencida pende aún de negociaciones y debates. Alemania se prohíbe por el momento ilusiones de todo linaje. Ojalá no sea el mundo, y



para decirlo todo, el mundo cristiano, y más concretamente el católico, el que las elimine. Europa, pese a todo, se parece a sí misma. El mariscal Montgomery, en su discurso a los alemanes, es durísimo; pero no olvidemos que los grandes soldados admiten al fin en la mente y en el corazón disposiciones hacia la magnanimidad y la alta clemencia. Por de pronto, el mariscal ya ha dicho: «No será siempre así, porque somos cristianos y nos es fácil perdonar...» El Señor asista a vencedores y a derrotados, y asista a la civilización y nos asista, como tantas veces a lo largo de la historia, a todos.

#### POLONIA Y LA REUNIÓN DE MOSCÚ.

Moscú no descorazona a míster Harry Hopkins, enviado especial del Presidente Truman. El porvenir sigue siendo el niño que duerme en las rodillas de los dioses. Cien mil auroras nacerán todavía para el viejo Occidente, cuya decadencia fué registrada en tantos libros. El don de profecía le está negado a nuestro tiempo, al que otros dones asisten.

El futuro, como los tapices de alto lizo, se teje por el revés. Así y todo, son sociedades o son Estados los que lo crean o por lo menos los que lo suscitan. Añadamos que nunca se interrumpe el juego de las fuerzas providenciales, que ahora como siempre actúan.

Es natural que Hopkins no se desaliente ni se avenga a que las anomalías que le salen al paso sean irreparables. El enviado especial ha conseguido en su viaje que sea convocada para junio una reunión de polacos conspicuos en Moscú. La gestión de Hopkins se ha desenvuelto con más fortuna que la de Clark Kerr y la de Averell Harriman. Desatar un nudo aunque sea de víboras es mejor que cortarlo con machete. A desatarlo acuden a Moscú los representantes del Gobierno provisional de Varsovia, los del grupo que residiendo en Polonia se desentienden del Comité de Lublin y los miembros del gabinete de Londres o los que se ligan en la expatriación con él. Por el Gobierno de Varsovia asisten, además del jefe Bolislaw Bierut y del ex primer ministro Morawski, hoy apartado si no en disidencia, el vicepresidente del Consejo Nacional, Kowalski y

Wladislaw Gamilka. Por los que residiendo en Polonia no prestan su apoyo a Bierut, van a Moscú (Wincenty) Witor, animador del partido agrario y ex árbitro del poder; Zygmunt Zolawski, uno de los conductores de la comunidad socialista y primera figura del Consejo Sindical Nacional de Polonia; Krzyzanowski, Kolobseiski y Kusteba. Por los expatriados en Londres o en sus cercanías, participa en las deliberaciones de Rusia, Stanczyk, que fué en el Gobierno de Londres ministro del Trabajo y de Asistencia Social. Cuando en diciembre de 1944 Mikolajczyk dimitió, Stanczyk se retrajo por solidaridad con él del Gobierno y de la vida pública. Como el ex jefe, era partidario del acercamiento a Moscú para encauzar el mando en Polonia. Dos socialistas del Gobierno de esta nación en Londres aceptaban también la tendencia que Mikolajczyk no impuso. Socialista es Arciszewski, jefe actual del gabinete de Londres, pero discrepa de su antecesor en los criterios sobre el mando. ¿Acompañará a Stanczyk otro expatriado, Zakowski? No es éste de la cuerda de los temporizadores ni sabe navegar con viento contrario. Así, quien barloventeaba en política no fluctúa tan sólo, sino zozobra sin remedio. Se pregunta además Zakowski si el viaje a Moscú es de los de ida y vuelta o es de los de ida sin retorno. En la duda opta por quedarse en Londres, si el ex presidente del Consejo Nacional, Grabeki, o el jefe del núcleo socialista cristiano, Pogriell, le sustituyen. "Yo no cambio en veinticuatro horas", ha argüido Zakowski, y pues no cambia, se queda. Arciszewski sigue también fuertemente anclado en Londres y redobla además amarras para su gobierno y para sí.

Dieron "los tres" en Gaeta por resuelto ese conflicto polaco. Pero Gaeta propone y el Kremlin dispone, y Europa, a punto de congratularse del arreglo, asistió a la captura de los dieciséis políticos demócratas, que defiriendo a una invitación participaban en una asamblea. ¿Rehenes? Según Stalin, reos, y un tribunal los ha empapelado. El general Ivanof les había prometido aviones para que fuesen a Londres a evacuar consultas con su Gobierno. Los dieciséis siguen encarcelados, sin que hasta ahora las interpelaciones en la Cámara de los Comunes, ni el discurso del ministro inglés Richard Law, ni una cierta retorsión en San Francisco de California hayan disua-

dido de su proceder a Rusia. Hasta a funcionarios de la Gran Bretaña, aseguró Law, se les veda la entrada en Polonia y en los territorios de Checoeslovaquia y de Austria ocupados por las fuerzas rojas. Churchill el día 10 de mayo declaró en la Cámara popular que subsistían sobre el arresto de los catorce, que resultaron luego dieciséis, diferencias entre Londres y Washington y Moscú. "Espero, añadió, la llegada de Eden que se ha avistado con Stettinius y con Molotov." Stalin escribió una carta al corresponsal del *The Times* en Moscú, Ralph Parker, nueve días después del discurso de Churchill. "El Gobierno provisional, decía Stalin, cuenta con el apoyo de los soviets y debe ser aceptado por las naciones aliadas como núcleo de la organización estatal de Polonia en el futuro." En cuanto a la captura de los dieciséis no hay, según Stalin, por qué relacionarla con la creación del Gobierno interino. De este Gobierno va a tratarse en Moscú por los delegados que a la hora en que escribimos deliberan ya. Recordó en su epístola Stalin que el Comité de Liberación de Tito en Yugoslavia agrupó políticos de ideas diferentes. Alguno de ellos, como el Ministro de Negocios Extranjeros, Ivan Subasich, procedía del destierro. La alegación es especiosa, y el Kremlin se ríe solapadamente de ella. Ríe mejor el que ríe el último, aunque esta vez no sepamos quién será. ¿Qué saldrá de los debates de Moscú? (1) No un gobierno Bierut apoyado por Ar-

---

(1) El proceso contra los dieciséis ha terminado.

Doce de los dieciséis han sido sentenciados a distintas penas que oscilan desde los diez años a los cuatro meses de prisión. Tres han sido absueltos, y el décimosexto será juzgado más adelante, por encontrarse enfermo en el momento de la vista de esta causa. El veredicto del Colegio Militar del Tribunal Supremo soviético impone las siguientes sentencias:

General Okulicki, principal acusado, diez años de prisión.

Jan Jankowski, vicepresidente del Gobierno polaco en Londres y representante del mismo en Polonia, ocho años.

Adam Bien, del partido Agrario, cinco años.

Stanislaw Jesiukowickz, del partido Nacional, cinco años.

Kazimiers Puzk, socialista, dieciocho meses.

Kazimiers Baginski, del partido Agrario, un año.

Eugenio Czernowski, del partido Unión Democrática, seis meses.

Franciszek Urbanski, del partido Obrero Democrático Cristiano; Zbigniew Stypulkowski, del partido Nacional; Josef Chacinski, del par-

ciszewski, en quien la inclinación al acercamiento a la U. R. S. S. no es puramente platónica. Ni el Gobierno de Londres, ni millares de combatientes, ni otros tantos patriotas reconocerían esa gabinete mestizo. Lo que se quiere en Rusia es sovietizar a Polonia, como se viene sovietizando a Yugoslavia... Por algo Stalin asoció a los dos pueblos en su carta a Ralp Parker.

Que Hopkins no se descorazone bien está. No nos desalentemos tampoco los hijos de Europa. No desalentarse es no ceder en materia de principios. No contemporece Polonia, no renuncie a su ser, no deje que nadie, y menos el tártaro, le apague el espíritu.

#### CRISIS Y DÍAS REVUELTOS EN ITALIA.

Después de Badoglio, Ivanoe Bonomi; después de Bonomi, ¿quién? Pietro Nenni es un socialista del viejo régimen que no ha sitiado nunca sus propias posiciones para que se le rindan. No varía ni es probable que varíe ya. "Soy un táctico de gabinete", confiesa, y a mandar hombres ha preferido mover ideas en formación de combate.

El príncipe Humberto quiso que el socialista no faltase en las consultas.

Acudió Nenni en un "mil cien" a la Real Casa y no se abstuvo de preguntar a un centinela: "—Oigame usted; soy Pietro Nenni, ¿por dónde debo entrar?" Había previamente el visitante escrito a un dignatario del lugarteniente: "Rogaría que se me eximiera de ser oído en el Quirinal. Me abruma el tener que decir al príncipe que la Monarquía debe cesar en el acto. Lo creo así y no sé fingir." Pero fué, y el lugarteniente respetó las ideas de Nenni.

Ferrucio Parri era grato a los seis partidos, y no ciertamente por sus dotes políticas. No las ha acreditado aún, pero su-

---

tido Obrero Democrático Cristiano, y Stanislaw Mierzwa, del partido Obrero Democrático Cristiano, a cuatro meses de prisión cada uno.

Han sido absueltos: Kazimiers Kobylanski, del partido Nacional; Stanislaw Michalowski, del partido Demócrata, y Josef Stemmeler-Demski, del partido Democrático.

pone, con el viejo aforismo al revés, que el arte es corto y la vida larga. Parri es guerrillero y se llama "antifascista veinte años después como veinte años antes". ¿Querían los seis partidos canjear a Bonomi por Parri? No fiemos demasiado, ni en Roma se fían, de la eficacia de estos trueques y trastrueques.

El lugarteniente se ha dejado aconsejar por muchos, allí donde ahora echa de menos a los pocos.

Hace días recibió a los Collares de la Annunziata, desde el gran almirante Thaon de Revel hasta el mariscal Badoglio. Antes había recibido a Bonomi, como también a Benedetto Croce. Días ya lejanos para nosotros aquellos en que Croce escribió: "Cio che e vivo e cio che e morto della filosofia di Hegel." Lo vivo en Hegel, según el polemista de los Abruzzos, es la dialéctica de los contrarios, que es casi el duelo entre las dos mitades del ser. La verdad no cae del cielo ni hay espada que dislacere la sombra de error que proyecta. Discierne el maniqueo el bien y el mal, como discierne el medio día y la media noche. El hegeliano no ve con esa transparencia la dualidad de los términos. No consigue aislar la verdad del error al que está ligado en el cuerpo a cuerpo de un combate sin tregua. La verdad reside en uno de los términos, pero tampoco en los dos, inconciliables entre sí. Donde, si no reside, palpita, es en la contienda que los hace inseparables en su recomenzar continuo, en su devenir. Así lo entiende Spaventa y así más tarde Gentile, discrepando de otros glosadores de Hegel, como Ceretti, de Mett o Vera. Quienes amen las tradiciones más puras del pensamiento italiano no litiguen con Spaventa porque asevere que la filosofía hegeliana es senda de retorno hacia las de Bruno, Varini, Campanella, Galileo y Vico.

Hasta en la Roma que grabó en el bronce quiritaro el toma y el daca, la inteligencia, en el discurrir de los siglos, supo abstraerse. Spaventa, como después Salvador Maturi, y hoy aun Croce y Gentile, reivindican esta ascendencia del idealismo gerinánico en un dialéctico de la estirpe de Croce o de la de su maestro. De Sanctis no otorga su amistad sino en los frentes del saber entre brega y brega. Erudito que predica el "euperamento della mera erudizione", se da por igual a la historia en cuanto "ciencia y en cuanto conciencia de las pasiones", y a la filosofía, las letras, los debates políticos y las

artes. Los técnicos de la fiesta, los especialistas, según Croce, "son hilos de agua que tributan a las grandes corrientes del pensamiento". Algo dijo de nosotros el autor de *L'Espagna nella vita italiana durante la Renascenze*, que osamos alguna vez impugnar con toda modestia. No se recuerde aquello, pues "combatir es otorgar", como se dijo desde el caballo en la última batalla de gran estilo que se libró en Europa.

De posiciones de Hegel partía Gentile para llegar al campamento fascista. No sino de ellas parte Croce para llegar a la ciudadela casi desartillada del liberalismo. Esa ciudadela se recorta sobre el cielo de Nápoles con que yerran sombras delgadas de mujeres que oyeron las *Divinas Consideraciones*, de Valdés; el Nápoles del Bruno de la *Cena della cenere*, cuyo idioma es pedernal sin brillo, aunque de centelleo tan vívido; y del Campanella que olvida sus veintiséis años de cárcel respirando la anchura de su alma. Nace en Nápoles esa *Historia de Europa*, con que Benedetto Croce mantiene su fidelidad a los dioses de su juventud. Este libro nos llama a un culto que desaparece, y es un son de campanas sumergidas que nos llega como un reproche. Al final de ese libro leemos: "En toda Europa asistimos a la germinación de una nueva conciencia, de una nueva nacionalidad (porque, como ya hemos dicho, las naciones no son dádivas naturales, sino estados de conciencia y formaciones históricas), de tal manera que hace setenta años a un piemontés del reino subalpino le hicieron italiano, no renegando de su ser anterior, sino realzándolo y resolviéndolo en su nuevo ser."

Se buscan italianos como se buscan después europeos. Este idioma es en 1945 tan de Croce como fué en 1920. Es difícil que sea el nuestro. Una broma en dos versos que hicimos de madrugada dice así:

*Mañana será otro día,  
hoy es ayer todavía.*

Pero en los dominios de la política no es, pese a todo, ayer. Nos es lejana la figura de Croce, y la de Gentile en cierto modo también. Fué en el verano de 1934 cuando la Congregación del Santo Oficio puso en el índice obras de Croce y de Gio-

vanni Gentile. Ignoramos si la interdicción alcanza a las lecciones del maestro de filosofía en Campolasso, Nápoles, Palermo, Pisa y Roma, pero la Italia lictoria, la gibelina, otra vez frente al consistorio, ¿se lo preguntaba siquiera? ¿Qué es lo que la Curia Vaticana condena en el pensamiento de Gentile que ya se fué al otro lado del mundo? Es *La Filosofía de Italia de 1880*, obra que quien más quien menos ha releído y reglosado, y que estudia a los escépticos, a los platónicos, a los positivistas, a los neokantianos, a los neotomistas y a los que impulsan en su país la corriente posthegeliana. Datan estos ensayos de 1908, y de entonces hasta la hora de su muerte no dejó de publicar libros importantes... Él con sus métodos redescubre y recrea la continuidad del pensamiento italiano a través de la historia. Lo recorre todo, desde la Edad Media hasta nuestros días, con su labor sobre la Escolástica, sobre Bruno, sobre Telesio, sobre la filosofía del Renacimiento y sobre Vico, sobre los sistemas napolitanos desde Genovesi hasta Galluppi, sobre Rosmini y Gioberti, sobre los escritores filosóficos, en fin, de 1850 a 1900. Para el filósofo es Gentile el meditador de una doctrina: la de la inmanencia absoluta que tiene sus raíces en una tradición enteramente italiana que la gente de hoy o del ayer próximo reivindica y asocia con orgullo a la tradición nacional. Lejos de negar la filosofía pasada, Gentile la "justifica y resuelve", es su frase, y abarca desde la altura de su exigencia. Para el político era el debelador de las "fuerzas corrosivas del Estado" y uno de los fundadores de "la religión de la patria". Para la juventud de los haces lictorios era el que ha "istilato la fe nella vita e in poi" (la fe en la vida y en nosotros mismos) y era el profesor de entusiasmo que vivifica cuanto toca. ¿Qué es, entonces, lo que la Iglesia recusa en el filósofo? ¿Su obra de educador como ministro al frente de la enseñanza o como maestro desde su cátedra? Es posible, y esta labor que corre en parte impresa como el volumen *La riforma della educazione*, puede despertar alarmas en la Roma de los Pontífices. Educar, para Gentile, como Volpicelli advierte, no es "abituare o erudire, ma formare personalità y suscitare energie, interessi, ideali". Este ir conformando la personalidad; este suscitar energía, intereses, ideales eran ya fascistas "avant la lettre" y es justamente esa dirección la que la Roma

no gibelina reprueba. Ciertamente Gentile exaltó ante la juventud paganamente al Estado que “es y deviene además y se justifica asimismo en sus fines”. Para la Iglesia, el Estado es precedero y no puede crear por sí doctrina trascendente ni tampoco una moral que rija la conciencia del súbdito, que antes que súbdito es “uomo universale” e hijo de Dios. Pero éstas fueron cosas de orden episódico en el filósofo de *L'atto di pensare como atto puro*. La doctrina de la inmanencia absoluta estaba ya en el libro, cuyas bodas de plata festejó la juventud hace diez años. Al Gentile que leímos entonces era al de los síes mágicos a la vida; al que reanimó en la juventud “el gran impulso o el gran deseo” al de 1911, al filósofo que refunde, liga y auna en síntesis hegeliana dos formas absolutas del espíritu, arte y religión, en una tercera que es la filosofía. ¿Lejano también todo esto? Pues quizá, pero son lejanas las figuras que hoy, con ocasión de la crisis italiana, vuelven a sonar en la prensa. Así, Giolitti o Zanardelli, Crispi o el conde Cavour. Estos son los liberales, pero los populares de Sturzo también suenan, y a aquel que los continúa (1), Alcide Gasperi, ha ofrecido el poder el lugarteniente. Si Gasperi gobierna, colaborará en las reformas sociales con los socialistas, como Dom Sturzo colaboró —en otro tiempo—. No se opondrán, según nos informan, ni los comunistas ni los Collares de la Annunziata, desde el gran almirante Thaon de Revel hasta el mariscal Badoglio; vivimos instantes agitados, pero sobre todo revueltos.

#### SERVIOS, CROATAS Y ESLOVENOS. ANTES Y DESPUÉS DE TITO.

Durante cinco siglos, Trieste, gran puerto de Europa, austríaco fué. Hasta después de la Gran guerra, la del 14 al 18, no fué italiana. La paz de Saint Germain dió al Reino de Italia la Venecia tridentina y la cuenca de Tarvis. El convenio

---

(1) Ferrucio Parri formará gabinete con Togliatti en el equipo y con Nenni y con cuatro liberales, tres socialistas, tres comunistas, tres de la Democracia del Trabajo, dos del partido de Acción y dos de la Democracia Cristiana.



de Rapallo de noviembre de 1920 le adjudicaba Venecia Julia, Zara y las islas de Lagosta. Después de Rapallo, las estipulaciones yugoeslavas de Roma en enero de 1924 incorporaron a Italia la casi totalidad del territorio de Fiume, que iba a haberse constituido en Estado libre (Yugoeslavia recibió Porto Barros y el Delta). De la Venecia Julia hasta antes de los reveses italianos eran Trieste como también Cornaro (Fiume), Goriza, Istria (Pola) y Zara. Yugoeslavia, después del 18, al negociarse los tratados, reclamó Trieste para sí; Tito la reivindica y la tiene ahora. Pero, ¿hasta cuándo? Recordemos, ante todo, anales de la nación yugoeslava que confedera nacionalidades diversas. No conferimos carta de legitimidad a conceptos por los que no circule sangre ya litigada. Más duros somos con la casta conceptual que con la de un maestrante de los de aquí o con la de cualquier Gran prior de la Orden Soberana de San Juan de Jerusalén, hoy de Malta. Han fundado la nacionalidad los peores teorizantes en la raza, con el dialecto vernáculo, en las leyes, cuando no en las canciones populares o en las formas del yugo o del tejado. Invocan también a veces batallas de hace siglos, que más que encuentros militares fueron tundas entre banderizos o fechorías de aldeanos. El siglo XIX admitía la alegación de nacionalidad a comarcas en las que todo, no siendo el engreimiento, era diminuto. Un avión las cruza ahora en cinco minutos; pero la etnografía se ha empeñado en que estudiemos nacionalmente sus trajes o sus danzas.

Al pie de los Alpes o de los Cárpatos esos pueblos exhiben lo mismo. Ultimamente hemos hablado de minorías étnicas, de las que hay algunas pagadas de su presunta nacionalidad.

Nuestra obligación es caer en guardia contra estas vanidades. Antes se contaba por civilizaciones, luego por Estados, después por monarquías, luego después por países y al fin por nacionalidades. Para la enmienda no es todavía tarde.

Después del 18 nació en cuanto liga, el reino de serbios, croatas y eslovenos. En noviembre de ese año y en Podgoritza, Montenegro se unía a Servia. Después de la disolución de la monarquía austrohúngara, las que fueron provincias suyas, Eslovenia, Bosnia y Herzegovina, Croacia, Eslavonia y Dalmacia, así como las provincias serbias de la Hungría meridional,

tras de haber proclamado su independencia, se unieron a Servia para constituir Yugoslavia. Fué reconocida esta nueva nación por los tratados de Versalles en junio de 1919, y de Saint Germain en Laye en septiembre del mismo año, de Neuilly, dos meses después, y del pequeño Trianón en junio de 1920. En los tres años subsiguientes se delimitaron las fronteras, y en marzo de 1923 el pacto de Génova establecía la zona del puerto franco yugoslavo en Salónica. Este reino de serbios, croatas y eslovenos unificaba gentes con alguna antigüedad. El fundador de la dinastía servia de los Karageorgevitch, Jorge el Negro, manumitía hace más de un siglo a su país del yugo otomano y fué gozador de Servia entre 1804 y 1813. Su hijo, Alejandro I, fué príncipe reinante con aquiescencia de los Skouptchina, después del destierro de los Obranovitch. Aunque reconocido por la Sublime Puerta, tuvo que salir de Belgrado y abdicar. Al extinguirse la Casa de los Obranovitch, Pedro I, hijo de Alejandro, nieto de Jorge el Negro, fué proclamado rey de Servia en 1903, y rey de serbios, croatas y eslovenos en 1918. A otro Alejandro, asesinado en Marsella, sucedió, bajo la regencia del príncipe Pablo, general de división, Pedro II, que ni rige ni ha dejado de regir los destinos del reino.

En 1941, un motín deponía al regente y exaltaba al Trono a Pedro II. La asonada iba contra la tutela del Reich y se encastilló singularmente en cabezas de serbios. Se hizo la primera leva de guerrilleros para que nutriesen las fuerzas yugoslavas. El ejército dió a la revuelta sus unidades más agueridas. No había formaciones motorizadas, ni blindadas, ni tanques, ni artillería gruesa. Un patriota, el general Mijailovitch, se puso al frente del movimiento. Es él quien dispuso la resistencia armada. Era a la vez un agitador, un estratega y un intendente militar. Era además un gran soldado y un patriarca de corazón de fuego. Mandaba por igual tropas regulares que guerrillas, y acertó a transmitir su fe a todos. Del orador se dijo antiguamente que era la voz elegida para la publicación del bien. Del general Mijailovitch, a la hora de las arengas, pudo decirse lo mismo. No arengas tan sólo, sino alegatos y hasta sermones tenía que prodigar para que los suyos no se descorazonasen. El fué el alentador de la revuelta y el

que movía más diestramente a las unidades del viejo ejército. Llamaba a los que le seguían "chetniks", que es el nombre legendario de los combatientes que manumitieron al país de la opresión de los turcos. No faltaron bandas de aventureros, ni brigantes de los que pelean por el lucro del mando o por la presa. En toda guerra hay quien toma su bien donde lo halla, y en la de guerrillas más que en ninguna. "Resistamos, había dicho, y organicemos el levantamiento nacional hasta que los ingleses acudan, que acudirán, a ayudarnos."

Pero en 1941 surgía José Broz, a quien el mundo conoce ya por Tito. Se sumó al principio a los "chetniks", pero reclutaba por sí y para sí tercios de combatientes, a los que imbuía otra concepción de la guerra. Estos hombres eran comunistas, a los que nuestro tiempo ha amasado con otra corteza y otra levadura que a los "chetniks". Sobrevino entre unos y otros la guerra civil, que es la que más corrompe al ser humano. En ella, según un moralista de los más sagaces de España, naturalezas que necesitaron casi un siglo para recibir la protección del ángel, se abisman en bestialidad en una hora. Aspiraba Tito, antes que a vencer a los alemanes, a constituir un Estado totalitario dentro de la órbita rusa.

Desde la Cámara de los Comunes había Churchill encarecido la entereza con que la nación de serbios, croatas y eslovenos rescataba su dignidad frente al invasor. Eden se congratuló asimismo de la actitud del pueblo yugoeslavo. Pero Croacia era ya reino independiente con un monarca, el duque de Spoleto, o sea Aimon de Saboya, hermano del duque de Aosta.

Aimon no hizo nunca de rey ni se opuso a que el jefe del "Ustach", Ante Palevich, hiciese de Poglavnik. Croacia había declarado la guerra a la Gran Bretaña en diciembre de 1941. Mijolaivitch y Tito eran hombres de diferente estrella además de ser de diferente barro.

En *The Nineteenth Century and After*, de Londres, F. A. Voight ha recordado las operaciones militares de Mijailovitch contra la Wehrmacht en torno a las ciudades de Smedescuo y Vansvarin, Deligrado, Krusevats y otras. Krusevats es una victoria de los "chetniks" sobre los alemanes, aunque después sea el propio Mijailovitch quien cede a los rusos

la posición ganada. Pero Moscú no admitía trato sino con las legiones de Broz, fuesen de guerrilleros o de brigantes. Tres ejércitos combatían, pues, a los "chetniks": el de Tito, el ruso y el alemán. Mijailovitch ordenó a sus leales que abandonaran Serbia y se retirasen a Bosnia y al Sanjak. Entraban los de Tito en las ciudades detrás de los rusos y vestían uniformes varios. Si Voight no yerra, hervían y ahora mismo hierven en las huestes de Tito, como fermentos, milicias internacionales con armamento inglés, norteamericano, alemán, italiano y ruso. Pero Tito rige ya la administración de Belgrado y ha ejecutado a unos seis mil hombres de Mijailovich y de Neditch. Todas sus organizaciones, aunque se llamen antifascistas, son de un comunismo ardiente. Algunas de estas organizaciones —seguimos a Voight casi a la letra— son:

"1.º El Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia (A. V. N. O. Y.), que posee autoridad legislativa y sustituye al Parlamento. El presidente es el doctor Ivan Kibar.

"2.º El Comité Nacional de Liberación, con Tito como presidente. Es el organismo central ejecutivo. Absorbió las funciones del real gobierno yugoslavo, y ahora, con el llamado Gobierno de Yugoslavia, cubre las apariencias. Pero quien gobierna es realmente el Comité. Se divide en Comisariados que reemplazan a los antiguos Ministerios. Cada uno de los nuevos Estados federales: Serbia, Bosnia y Herzegovina, Croacia, Eslovenia, Montenegro y Macedonia, tiene su propio comisario en el Comité.

"Hay un Comité Nacional de Liberación en cada municipio, ciudad o villa, que ejerce la autoridad administrativa local. Hay también un Comité Nacional de Liberación en cada institución u organismo, a cuyas órdenes se encuentran todos los empleados. Los miembros de estos Comités son, casi siempre, comunistas.

"3.º El Ejército Nacional de Liberación de Yugoslavia, con Tito como comandante en jefe; y

"4.º El Comité de Protección del Pueblo (O. Z. N. A.). Esta organización guarda exacta analogía con la Gestapo alemana, y "tiene poder ilimitado para detener y arrestar".

"La autoridad suprema reside en siete personas: en Tito,

Alexander Rankovitch, Kosta Magy (un húngaro de *Voyvodina*), Arsa Yovanovitch, Milovan Djulas, Peko Dajchevitch y Kocha Popovitch. Dirigen el gobierno, la administración, el ejército, la policía y la propaganda.”

Que el texto que transcribimos no nos compunja ni entenebrezca. Sobre los poderes de Tito la Europa eterna resolverá, como sobre otros poderes que hoy todavía se desmandan.

Una gran parte de la civilización ha estado en la paciencia docta para imponer allí el dique; aquí el cauce. Oriente no prevalecerá, y es él y no la Europa de siempre el emplazado.

\* \* \*

El día 9 de mayo se ajustó en Belgrado un acuerdo entre representantes de Yugoslavia, de los Estados Unidos y de Inglaterra. Las cláusulas del convenio establecen una línea de demarcación a lo largo de la península de Istria. Quedan en la zona occidental Trieste, Rovigna y Pola y la red de comunicaciones que desde Austria se extiende hasta esos puertos. En la zona oriental queda el puerto de Fiume. Esta línea divisoria deslinda las jurisdicciones de las autoridades yugoeslavas al Este y de la militar aliada al Oeste. Yugoslavia conservará en la zona de administración aliada una fuerza de dos mil hombres. Se trata aquí de una concesión simbólica al derecho que Tito alega. En concesiones simbólicas, la Gran Bretaña es maestra. Todos los niños ingleses han aprendido el consejo de Philip Chesterfield: “Be civil to rivals or competitors. The manner is often as important as the matter, sometimes more so.” (Sé civil a rivales y a competidores. El modo es frecuentemente tan importante como la materia y a las veces más.) Gentileza sí, enseñaba Chesterfield, pero dejando sentir la estabilidad —“the steatines”— del justo resentimiento. Estamos seguros de que en Trieste el modo no debilitará la materia. Tiempo al tiempo.

GOBIERNO DE COALICIÓN EN COPENHAGUE Y DESEMBARCO  
EN LA ISLA DANESA DE BORNHOLM.

En Dinamarca, en el primer Gobierno de la paz, Wilhelm Buhl es el jefe. Se avino el Reich al ocupar Dinamarca a que el Gabinete de coalición se mantuviera en el Poder. Hay hombres predestinados a mandar y hombres predestinados a presidir. Stauning presidía y mandaba, a la vez, a los grupos coaligados en el Gobierno de Copenhague. Era un socialista del viejo régimen y se condujo siempre con moderación. Quiso, como los laboristas de antaño de Inglaterra, oriundos de la Sociedad fabiana, contemporalizar antes que romper. Entre daneses, si antes en la familia británica, el pacto es una regla de oro y un mandamiento. Ni en cuanto juega ni en cuanto brega admite la política una revisión apresurada de valores. El compromiso en Copenhague, como tantas veces en el Londres del «Whig» o del «Tory», es, más que una fórmula, un instrumento de precisión. Muerto Stauning, le sucedía en 1942, en la jefatura del Gabinete, Wilhelm Buhl. Había proclamado Buhl a Stauning no tan sólo su jefe, sino también su maestro. De él heredó con la aptitud rectora ejemplaridades que ha sabido encarnar activamente. Pero el diálogo con los ocupantes de su país le era más difícil que a su antecesor, y fué sustituido por Scavenius, jefe radical. No olvidó Scavenius que antes que estadista era danés, y se atuvo a esta prioridad en su convivencia con los alemanes. Dijo que al «orden nuevo» de Europa prefería el orden de su patria, que es el familiar y el de siempre. Voz enhiesta y de ruido, es esta voz orden, enunciada en latín «ordo», junto al «novum», con el que tantas veces se ligan en matrimonio engañoso. Se produjo la ruptura con Scavenius, y los ministros fueron reemplazados por directores generales. Convivían aún alemanes y daneses, pero los núcleos de la Resistencia actuaban ya. Imaginamos difícilmente una versión escandinava de ese «maquis» que ha conocido su versión española en el *Quijote*. No es que nuestro Roque Guinart sea ni remotamente un bandolero a la corsa; pero la «Mancha», pese a las etimologías árabes, traduce a «maquis». Siglos después, y

aun siglos antes, el guerrillero, o sea el brigante, aguza aquí la estrategia de acechos y celadas. Mogens Fog, que ha sido en Dinamarca el organizador de la Resistencia, no es un «maquisard» ni es un guerrillero de los que brotan de la tierra en España. Es un patriota en quien la actitud levantisca se empapa en cordura, como el sol en lluvias boreales en el paisaje de su país. De nuestro Donoso Cortés se supuso que tenía el patrio ardor de las dehesas de su Extremadura en el estío. En Mogens Fog actúan, ¿por qué no?, esas albuferas brumosas a las que aluviones y dunas van cegando. El paisaje natal, no menos que la sangre, la latitud o el idioma, configura al hombre. No es el presidente un danés con otros humores que los que conocemos en compatriotas suyos: Drachmann o Thorwaldsen, Andersen o Soren Kierkegård. La moderación de los patriotas daneses se comunicaba a los ocupantes. Las crueldades de la guerra o los episodios de devastación y de exterminio no alcanzaron a Dinamarca. El ministro alemán Best contuvo a los nacionalsocialistas y humanizó más que en país alguno el hecho de armas. Hay pueblos como hay seres de buena estrella y de buen sino. Dinamarca es, ciertamente, uno de ellos, y ojalá lo sea en la Europa que ha de renacer o nacer de las paces. Ellas traerán —se asegura— el equilibrio estable que el continente perdió hace tiempo.

Eso mismo se decía durante el Congreso de Viena, y eso mismo se esperó del Acta Final de 1815 y del segundo Tratado de París. Ese equilibrio que se intentó rescatar era el anterior a 1789, o sea del tiempo en que, según la frase célebre, la dicha de vivir existía. La política del siglo XIX es una revisión de los Tratados de 1815, que no satisfacían a Francia ni tampoco a la Europa central. La Confederación germánica agrupó después del Congreso de Viena treinta y nueve Estados alemanes, un Imperio (Austria), cinco reinos (Prusia, Hanóver, Sajonia, Wurtemberg y Baviera), ocho grandes ducados, diez ducados, once principados y cuatro ciudades libres (Francfort, Hamburgo, Brema y Lubeck). ¿Cuál era el centro de gravedad de este anficionado? Si Austria y si Prusia caían dentro de él, era por sus provincias específicamente alemanas. Austria, por los feudos hereditarios de los Habsburgos y por la Bohemia, y Prusia, por Brandeburgo, la Po-

merania, Silesia y sus posesiones junto al Rhin. La Confederación, presidida, eso sí, por Austria, se regía por una Dieta Perpetua con su sede en Francfort. Añadamos que la Dieta era un estamento de embajadores al que se exigía la unanimidad para que sus decisiones fuesen válidas. Era, pues, un organismo lento y casi de puro lujo. El Imperio de Austria no tenía más extensión que la monarquía de los Habsburgos antes de 1789. Recuperó las regiones que Bonaparte le sustrajo, o sea el Tirol, las provincias marítimas de Istria y de Dalmacia, y obtuvo una parte exigua de la Italia del Norte, pero no sin allanarse a perder los Países Bajos. En cuanto a Prusia, no crecía territorialmente porque perdió en el Este una parte de la que había adquirido en el tercer reparto de Polonia. Pero la incorporación de territorios de Sajonia, de la antigua Pomerania sueca, de la casi totalidad de Westfalia (cuenca del Ruhr) y la orilla izquierda del Rhin le enriquecieron. Precario fué también el equilibrio para la Confederación helvética con sus veintidós cantones. Ganaba el Valais y Ginebra, cantones nuevos; pero el principado de Neuchâtel, aunque admitido en la Confederación, seguía siendo patrimonio personal del rey de Prusia. En cuanto a la Europa del Norte, y éste es nuestro tema, dos pueblos la gobernaban precedentemente: Dinamarca, de la que dependía Noruega, y Suecia, de la que dependía Finlandia. Pero el zar Alejandro anexionó este país «Suomi», y Suecia, con el príncipe de Ponte Corvo, que es bearnés y se llama Bernadotte, ha ayudado a las naciones coaligadas mientras Dinamarca se mantenía fiel a Bonaparte. Por esta lealtad les han concedido Noruega a los daneses. Lo que se da se quita, empero, y no hay ventura ni recompensa territorial que dure cien años. Poco más de cien días, dura a veces, pues en 1814 Noruega pasaba a manos de Suecia. Dinamarca, en 1864, al perder la guerra contra Prusia y Austria, perdió el Schleswig, el Holstein y el Lauemburg, que otra vez en parte son daneses. El equilibrio de Europa es, como se ve, una realidad movediza. El de Dinamarca es, al parecer, más durable, y para que lo sea se desvive el jefe del Gobierno de la paz, Wilhelm Buhl. Este hombre de Estado es socialista, pero, como su antecesor Stauning, más falansteriano que marxista y danés, sin vínculos en las



Internacionales tercera o segunda. Los socialistas en Dinamarca han contraído por su número el derecho al primer puesto, y es Buhl quien lo asume. Este político ha militado en la Resistencia, sin convivir, ni aun con salvedades como Scavenius, con los invasores.

La convivencia en Scavenius, como ya hemos dicho, no era cooperación, cuando menos complicidad de la que tenga ahora que dolerse. Pero se le reprocha el simple diálogo que Buhl supo cortar en seco. Ministro de Hacienda en 1937 con Stauning, es en este Gobierno, además de primer ministro, titular, aunque interinamente, del departamento de Negocios Extranjeros. Figuran en el Gabinete representantes de los cinco partidos, sin exclusión del comunista, que ha designado a su jefe, Axel Larsen. Son ministros: de Defensa, Ole Bjoern Kraft, conservador; de Cultos, Arne Soerensen, conservador progresista; de Asuntos Especiales, Magens Fog, organizador de la Resistencia; del Interior, Knud Kristensen, agrario; de Educación Nacional, Hansen, radical; sin cartera, tres: Jacobsen, Christensen y Larsen, del grupo de pequeños terratenientes. Prestarán también su prestigio al nuevo Gobierno el ex presidente del Consejo danés, Moeller y el representante en Wáshington, Kauffmann.

La Resistencia y los cinco partidos ponen a la institución real sobre todas las de la patria. Cristián X, el soberano de Dinamarca, tiene setenta y cinco años, pero lleva su senectud ligeramente. Es hermano del rey de Noruega, Haakon VII, que ha cumplido los setenta y tres. Cristián y Haakon son hijos del difunto rey Federico VIII de Dinamarca, que de vivir frisaría ahora en los ciento dos. Pero los monarcas danés y noruego necesitan vivir mucho aún para llegar a los años del rey de Suecia, Gustavo V, que serán exactamente el 15 de junio ochenta y siete. Los padres de este soberano, que es el de más edad del mundo, Oscar II y Sofía de Nassau, a quienes vimos en su viaje a España siendo reyes, tendrían en 1945 ciento dieciséis y ciento nueve años, respectivamente. A Gustavo V, a Haakon VII y a Cristián X deseamos por igual destinos clementes, si es que todavía en este mundo en ruinas los hay. La primera dificultad para el Gobierno danés y para su monarca ha sido creada por Rusia. Fuerzas

soviéticas desembarcaron porque sí y sin previa participación a nadie en la isla danesa de Bornholm, a la entrada del Báltico. Dijeron los rusos que la ocupación duraría hasta que las guarniciones del Reich fuesen expulsadas. No quedan ya guarniciones alemanas, pero rusos sí. ¿Qué premedita Moscú? Creen no pocos que el hecho consumado. En Londres como en Wáshington y en Roma un silencio expectante envuelve la resolución de los Soviets. Con la táctica del hecho consumado ha añadido Rusia a sus dominios los países bálticos, la Carelia occidental, las provincias polacas que están al Este de la línea Curzón, la Besarabia y la Bucovina. Añadamos la tutela política. Tutela es aquí opresión de la casi totalidad de los Balkanes y de la metrópoli vienesa. La importancia estratégica de la isla de Bornholm da a la ocupación del territorio por los rusos un alcance que el Gobierno de Copenhague no exagera. Confíemos en la serenidad de Wilhelm Buhl y en los buenos oficios del Gabinete que es una conjunción de los primates de los cinco partidos daneses. El asunto irá a la Dieta, el «Rigsdag», compuesta allí del «Folketing», que es la Cámara de los Diputados, en número de 149, y del «Landsting» o Senado, con 76 miembros. El rey Cristián será de los daneses el más vigilante. Como de otro Cristián en el himno viejo, dígase con justicia del soberano actual: «Kong Christian stod ved hojen Mast.» «El rey Cristián cerca del gran mástil»... avizora el horizonte marino y es gran vigía. Bornholm, que domina la entrada del Báltico, es de todas las islas de Dinamarca la más entrañable para los daneses. Stalin lo olvida, pero ellos no, ni ahora ni nunca.

#### EL ORIENTE MEDIO.

De 1920 a 1931 ejerció Francia, en nombre de la Sociedad de Naciones, mandato sobre Siria y Líbano. Estos dos países, aunque diferentes, litigan su libertad como si fueran uno y el mismo. Juntos bregaron para manumitirse de la protección tercamente secular de Turquía. En 1915 la nación otomana tenía vilayetos y mutesarifatos en Europa, en Armenia y en

el Kurdistán, en Siria y Mesopotamia y en los territorios árabes del Hedjaz y del Yemen. Turcas eran ciudades de Siria o del Irak o del Líbano, como Alepo y Bagdad, Jerusalén y Beyrouth, Mossul y Bassora. En 1915 era Mehmed Rechad Khan V emperador de los otomanos y califa de los musulmanes. Como sultán era el trigésimosexto de la dinastía osmanlí, de la cual la sangre que queda cabe en un vaso de libaciones. ¿Habrás que recordar con el hebreo que hay quien vive del aroma de un vaso vacío o del resplandor de una estrella que se ha apagado hace tiempo? En los dominios de nuestra literatura han meditado gentes de Israel y gentes del Islam. Dejemos hoy a los judíos, ya que al eclipse de la media luna de los soberanos turcos le conviene más que la sentencia de Aben Gabirol, hebreo de Málaga, la elegía de Abul Beka, musulmán de Ronda en el siglo XIII. La nostalgia de los de Israel es casi siempre o de paraíso perdido o de tierra de promisión. La del musulmán es más grave, y las coplas de Abul Beka preceden por el tono a las de Jorge Manrique o a los versos de Sánchez de Talavera. La versión de la «Kásida» del rondeño es, como ningún bachiller ignora, de don Juan Valera. Quiso don Juan ingeniosamente que el traslado tuviera el mismo metro que las coplas de don Jorge. ¿Artificio? Claro que sí; pero si en árabe aludían a la pérdida de territorios conquistados por Fernando III y por Jaime el Conquistador, en nuestro idioma bien pueden aludir a la pérdida de dignidades turcas. Recordemos:

*Cuanto sube hasta la cima  
desciende pronto abatido  
al profundo.  
¡Ay de aquel que en algo estima  
el bien caduco mentido  
de este mundo!  
En todo terreno ser  
sólo permanece y dura  
el mudar.  
Lo que hoy es dicha o placer  
será mañana amargura  
y pesar.*

Y también:

*Los tesoros hacinados  
por Karún el orgulloso,  
¿dónde han ido?  
De Ad y Tamud afamados,  
¿el Imperio poderoso  
do se ha ido?  
El hado que no se inclina  
ni ceja, cual polvo vano  
los barrió,  
y en espantosa rüina  
al pueblo y al soberano  
sepultó.*

¡Bah! peor sería pasar no dejando huella, como pasa, según el proverbio árabe, la sierpe por la hierba, la sombra por el muro y el hombre por la mujer. Nació Mehmed Rechad Khan V hace ciento un años, o sea en 1844, aunque hasta 1909 no sucediera a su hermano Abdul Hamad, quien a su vez había sucedido en 1876 a su otro hermano el gran sultán Murad V. ¿Qué ha sido de los tres, que como soberanos eran el vigésimoséptimo, el vigésimooctavo y el vigésimonono, después de la toma de Constantinopla? ¡1915! Treinta años nos parecen ahora trescientos, como otras veces trescientos nos parecen treinta. El 1 de noviembre de 1914 tenía exactamente el gran sultán Mehmed V sesenta y nueve años, once meses y veintiocho días. Su senectud era de plata, si el ocaso de su Imperio no, ni remotamente de oro. A la Gran Guerra habían precedido la itaoturca y las dos de los Balkanes, que obligaron a la nación otomana a replegarse hacia el Asia, no reteniendo de lo que poseía más que una cabeza de puente: Constantinopla. Le restaban al sultán pocos años, ya que en 1920, al firmar el Tratado de Sevres, firmó su caída. Le reemplazó el menos osmanlí de los hombres y el menos califa, y hasta el menos creyente. Mustafá Kemal el Ghazi es un «pomak», o sea un búlgaro musulmán con los pómulos salientes y la piel morena. Es lo que se quiera, pero ha vencido italianos en Libia, ingleses en los Dardanelos, griegos en Jonia. Lo suyo fué en Turquía despotismo ilustrado, pero

bastó para cuartear un Imperio sobre el que gravitaban siglos. En noviembre de 1914, los sesenta y nueve años, once meses y veintiocho días de Mehmed V presentían próximo el derrumbamiento. Cuatro soberanos de Europa eran más viejos que el sultán: Pedro I de Servia, con sus setenta; Nicolás de Montenegro, con setenta y tres; Juan II, príncipe de Liechtenstein, con setenta y cuatro, y Francisco José I de Austria, con ochenta y cuatro.

De los cuarenta y un soberanos de Europa, Francisco José era el más cargado de obras y de días. María Adelaida, gran duquesa de Luxemburgo, con sus veinte años, la majestad más joven. Cuarenta y un soberanos reinantes hemos dicho, y cuarenta y uno exactamente había. Como tales eran tratados en el protocolo universal algunos monarcas menores, como Luis III de Baviera o Guillermo de Wurtemberg, o Enrique XXIV, príncipe de Reuss, o Carlos Eduardo, duque de Sajonia Coburgo Gotha, para no citar más que cuatro ejemplos, los cuatro alemanes. La Gran Guerra se llevó muchas cortes de éstas, a la vez que otras que se erguían inmovibles. Ya hemos convenido en que sólo permanece y dura el mudar. Lo dijo después del musulmán de Ronda Joachim du Belay, y lo dijo de la ciudad eterna en un soneto refundido en bronce por Quevedo:

*Oh Roma. En tu grandeza en tu hermosura  
huyó lo que era firme y solamente  
lo fugitivo permanece y dura...*

Desde el 20 era Francia la que ejercía mandato sobre Siria y sobre Líbano. Llevó al uno y al otro, con su experiencia colonial, misiones y colegios, religión e idioma. Viajeros con pasión de las ruinas o de los lugares muertos no han ido apenas de Francia a Siria, como iban antes a Oriente. «Mi exactitud —había escrito en su Itinerario el vizconde de Chateaubriand— reside —y es de lo que más se jacta— en mi buen sentido vulgar. Soy de la raza de los celtas y de las tortugas; no de la sangre de los tártaros y de las aves, raza provista de caballos y de alas.» Con buen sentido, ante todo, regía Francia su protección a Siria y a Líbano. No enviaba

viajeros de la casta de Chateaubriand, sino soldados, educadores y funcionarios de la Administración. Un viajero de la misma especie, que es bretón, sí estuvo, y nos escribe como obra póstuma, casi en testamento, *Une enquête aux pays de Levant*. Vió en Oriente naciones que el helenismo legó a Bizancio y que al declinar pidieron a la vieja Europa amigos eficaces. «Nous sommes —escribía— leur modèle et leur espoir. C'est notre vocation et notre gloire...» En este «nosotros», España, naturalmente, se incluye, aunque lo mejor de su apostolado haya sido absorbido por pueblos de América. Lo que el viajero francés en el Oriente habían soñado viajeros españoles junto al Amazonas o junto al Orinoco. Él preguntaba noblemente: «Cela dure-t-il, sans fléchissement?» Siria y Líbano responden de pronto: «¡No!» Los mandatos fueron fieles al Gobierno de Vichy hasta 1941, en que fuerzas inglesas y otras del general Catroux, que dependían del general De Gaulle, ocupaban los dos países. Hasta entonces el poder residía en el Alto Comisario de Francia, y con los dos países entraban en Unión Aduanera, aparte del Sandjak autónomo de Alejandreta, Litakië y Djebel Drusse. Había Francia reconocido «de jure» la independencia de la República siria por el Tratado de París de septiembre de 1936 y la de la República libanesa por el Tratado de Beyrouth de noviembre del mismo año. En 1938 el Sandjak de Alejandreta se convertía en República de Hatay bajo el pabellón turco. Los reconocimientos de las dos Repúblicas, la siria y la libanesa, carecían de vigor hasta que los admitiese la Sociedad de Naciones. Ni en Damasco ni en Beyrouth satisfizo esta demora, y los Gobiernos sirio y libanés no recataban su descontento cuando Inglaterra en 1941 puso en manos de De Gaulle la administración de aquellos países.

Tuvo Francia que declarar la independencia —esta vez real— de las dos Repúblicas. Han sido las dos, hasta ahora, reconocidas por dieciséis naciones, entre las que está, desde luego, Francia, que mantiene representantes en Damasco y en Beyrouth. En las dos hay Jefes de Estado y Gobiernos nacionales y Parlamentos, pero ni las fuerzas ni los funcionarios de Francia se van del todo, ni aun después de los disturbios con represión sangrienta. No diremos nosotros si se

deben ir, ni menos cómo ni cuándo. Londres, primero, y Washington, después, proceden en este punto perentoria e intimatoriamente. No son tan sólo misiones y colegios lo que Francia defiende allí. Desea retener algunas bases aéreas y navales y los oleoconductos que llevan a puerto los petróleos de Mossul. El Gobierno de París envió recientemente a las Repúblicas sirolibanesas, refuerzos militares. Un paro simbólico de veinticuatro horas fué la réplica, a la que siguieron tumultos y colisiones. El mando francés llegó hasta ordenar el bombardeo de Damasco y el asalto del Parlamento sirio... Churchill, entonces, envió a De Gaulle el mensaje siguiente:

«En vista de la grave situación que ha surgido entre las tropas francesas a sus órdenes y los Estados del Oriente Medio, y de la intensa lucha que se ha originado, lamento tener que comunicarle que se han dado instrucciones al jefe militar del Oriente Medio que intervenga con el fin de evitar nuevos derramamientos de sangre y proteger los intereses y la seguridad de toda esta zona por donde pasan las comunicaciones con el teatro de la guerra del Pacífico.»

«Esta nota —comenta la prensa de París— es la más dura que haya enviado jamás un jefe de Gobierno a otro.» A los diarios de París el ardor polémico les obliga a exagerar, pero la nota es efectivamente dura. El ministro de Asuntos Exteriores, mister Eden, no se abstuvo de reforzarla en la Cámara de los Comunes. Oigamos: «La comunicación de Churchill a De Gaulle requiere al general francés para que ordene a sus tropas que cese el fuego en el acto y se retiren a sus cuarteles con objeto de evitar choques con las fuerzas británicas.» El Gobierno de Washington, en otra nota al Gobierno provisional de la República francesa, se duele de que se use de la fuerza «para obtener concesiones de naturaleza política, cultural y militar». «Siria y el Líbano —recuerdan los Estados Unidos— son miembros de las Naciones Unidas, cuyos representantes, y los de Francia entre ellos, estudian en San Francisco de California los medios de garantizar la paz del mundo y de combatir las agresiones.»

En cuanto a los diarios más circunspectos de Nueva York, como los de Washington, insisten mucho en el hecho

de que los países de levante situados entre el Mediterráneo oriental y el golfo pérsico tienen gran importancia para la prosecución de la guerra en el Pacífico. «El mensaje de Churchill —ha declarado De Gaulle— no altera ni alterará nuestra actitud. A la Gran Bretaña y a nosotros nos es útil por igual que yo aplace la respuesta. La situación es sin duda grave, y un choque entre aliados sería monstruosamente absurdo.» «Los países de Levante —ha añadido De Gaulle— son entidades nacionales muy complejas. Lo son política y geográficamente Egipto, el Irak o la Palestina; pero Siria no es equiparable a esos tres países ni a otros del Oriente Medio.» Y luego: «Mientras Francia retiró de Levante casi todas sus tropas para que combatesen en otros lugares, singularmente en Bir Hakeim, no dejando sino cuatro o cinco mil hombres, los británicos llevaban allí seiscientos mil hombres con inclusión del quinto ejército.»

Confía De Gaulle en que la cooperación internacional que San Francisco estudia dirima toda disidencia en el Oriente Medio. «Las naciones son lo que son —asegura el general—, son lo que son, pero ello no puede modificar el afecto que Francia y yo sentimos hacia los británicos. Hay entre nosotros intereses encontrados y urge que los conciliemos. Una nueva guerra sería el fin del mundo.» Las tropas francesas han sido acuarteladas y van a entablarse nuevas negociaciones. Deliberarán los representantes de Siria y de Líbano y los de los Gobiernos de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. ¿Qué saldrá de este cambio de pareceres, o más bien de este cambio de criterios? ¿El reconocimiento absoluto de la independencia de las dos Repúblicas del Oriente Medio? Pues sí.

¿Dejará la vieja Europa de transfundir su espíritu a esos pueblos de Oriente que se están rearabizando? No lo quiera Dios; no lo queramos nosotros.

\* \* \*

Dos días después las guarniciones francesas evacuaban las ciudades sirias. De las más antiguas del orbe, si no la más antigua, es Damasco. Antes de ser turca fué de los omeyas,



y antes romana en tiempo del español Trajano. Pompeyo recibió en Damasco los mil presentes de los reyes vecinos. En ella abrió San Pablo los ojos a la fe y fué bautizado por Ananías, de quien los *Hechos de los Apóstoles* nos hablan indeleblemente. Antes aún, la ciudad había sido de los reyes persas, de los de Babilonia y de los de Nínive, y antes de David y, antes aún, en los días de Abrahán, Eliezer, su mayordomo, que fué a buscar a Rebeca a Mesopotamia, en la hermosa Damasco nació. Si abrimos el *Génesis*, Damasco está al fondo. Antes, pues, de ser árabe ha respirado las tres civilizaciones que han hecho la dignidad del hombre: la romana, la griega y la palestina...

#### SUNG Y LA DIMISIÓN DE CHIANG-KAI-CHEK.

Sung sustituye a Chiang-Kai-Chek en la Presidencia del Yuan ejecutivo. Este Sung, ministro de Asuntos Exteriores, preside también la Delegación de China en la Conferencia de San Francisco. Conserva Chiang-Kai-Chek la Jefatura del Gobierno Nacional y el mando de los ejércitos de tierra, aire y mar. El Yuan ejecutivo, o «Heing-Chen-Yuan», se compone de diez ministerios y de cuatro comisiones especiales. En estos departamentos unidos, Sung, como antes Chiang-Kai-Chek, es la autoridad suprema. Además de este Yuan, hay otros cuatro, que son: I, el legislativo, o «Li-Fa-Yuan», que vota leyes, presupuestos, amnistías, declaraciones de guerra y tratados con países extranjeros, o sea asuntos que conciernen a varios ministerios o a comisiones especiales; toda resolución, eso sí, debe ser ratificada por el Gobierno Nacional; II, el Yuan de Justicia de Estado, o «Sei-Fa-Yuan», que es el Cuerpo Supremo en la Administración judicial; III, el Yuan de Examen, o «Kao-Sei-Yuan», que recluta y califica los funcionarios públicos, y IV, el Yuan de Inspección, o «Tien-Tena-Yuan», que reconstrasta la legitimidad del comercio en las autoridades del Estado, y es también algo así como nuestros Tribunales de Cuentas. Muerto Lin-Sen, fué elegido Chiang-Kai-Chek, que es entre sus compatriotas el que logra acquiescencias más universales. Hemos dicho nosotros que la fama es el remedo espúreo de la gloria, como el renombre es

el remedio espúreo de la fama. Existe quien degrada más aún la excelencia y se satisface con el éxito que es la caricatura irrisoria del renombre. Chiang-Kai-Chek, a quien asentimientos demasiado ruidosos acechan, será una figura en los anales de la China de Chung King.

En el diálogo después de San Francisco entre la China Nacional y Moscú, Sung se mueve con más holgura que Chiang-Kai-Chek. El ministro de Asuntos Exteriores, a su regreso de California, irá a Moscú a avistarse con Stalin. A Chiang-Kai-Chek esta visita le está hasta cierto punto vedada. Es uno de los cuatro grandes, pero no renuncia a su concepto de la independencia nacional. Los comunistas chinos están perdiendo fuerza en la China aliada con las potencias vencedoras. El movimiento de Yenan admite la lucha de clases y la autocracia del proletariado. Pero en su provincia el número de comunistas ha menguado, y quizá no llegue al millón. Kansu, cuya capital es Lauthiu, Ninghaia y otras dos o tres provincias, son para el comunismo feudos en que los militantes acampan. De ellos son muchos los que se llaman agrarios y juran en los carnets del partido abolir los latifundios, juntamente con el régimen señorial de tierra, al que le amparan siglos de posesión y de esfuerzo. La señora Mayling-Soong, esposa del Presidente de China, le habló de esos comunistas agrarios al representante de un gran diario de Nueva York. «China —afirmó— ha ennoblecido su tierra labrándola como pocos pueblos del orbe la suya. Esta perfección en las labores del campo no nace del régimen que los comunistas combaten; pero el régimen, a lo largo del tiempo y de las generaciones, sí ha nacido de esta perfección tranquila en los trabajos.» Chiang-Kai-Chek, ante las campañas del comunismo, se muestra menos conservador que su esposa. Es, en cambio, en el orden político más inflexible Mayling-Soong. Mide desde Chung King el poder que Rusia va adquiriendo en Bucarest, en Sofía, en Bratislava, en Zagreb o en Viena. Y confía, por el momento, el diálogo chinorruso desde el Yuan ejecutivo a Sung. Chiang-Kai-Chek es uno de los cuatro grandes, como Stalin es otro. Pero si grande en la tierra, es el mayor en China, y con su dimisión nos advierte que va a seguir siéndolo.

Un torrente de sangre ha corrido en Okinawa. Con el desembarco en la isla se aprieta el cerco a las posiciones del macizo montañoso al Sur de Naha-Yonaburu. ¿Cuántos eran los defensores? Como en la leyenda de Altobiscar podría responderse: Uno, diez, mil, diez mil, cien mil... Y en breve, ¿cuántos serán?... Cien mil, diez mil, mil, cien, diez, uno. Por denodadamente que se batan los nipones, la lucha tocará ya pronto a su fin. El Almirante Nimitz tiene prisa además de medios para vencer a las divisiones del Mikado. En el archipiélago filipino los japoneses queman la pólvora final al Norte de Luzón. El dilema es patético como en Okinawa: o capitular o perecer. Les queda el puerto de Aparri, cerca del cual se presiente un desembarco de las fuerzas de Mac-Arthur. El poderío norteamericano por tierra y mar impide toda comunicación de Aparri con la costa china y con Formosa. Esta isla, que era china desde 1683, fué cedida al Japón por el tratado de Shimonoseki en abril de 1895. Medio siglo justo no le basta al Imperio de Hirohito para niponizar tierras chinas. De Formosa depende la isla de los Pescadores, a la que los japoneses llaman Hókotu y los chinos Ponghu. Entre Formosa y las Karibes se dilata el frente aéreo en 5.000 kilómetros aproximadamente. En él las fortalezas volantes reducen a pavesas las ciudades más populosas del Japón. Los australianos desembarcan tropas en Borneo, y los dominios del emperador que soñaba con la hegemonía sobre el continente asiático recrujen por todas sus cuadernas a punto de cuartearse. Aquello también se va y el Almirante Halley va a partir al frente de su escuadra para el teatro de operaciones. Fueron sus barcos los primeros en derrotar a una flota japonesa ocho semanas después del ataque a Pearl Harbor. En la memoria de todos están las proezas que subsiguieron a esta victoria. Los bombardeos de las islas niponas de Marshall, Gilbert y Waca son memorables. Es Halley el que dirigió entre otras la batalla de Guadalcanal. Perderá pronto el Japón Corea, Formosa, la Manchuria, Port-Arthur y las islas del Pacífico. Y si perdiera eso sólo, podría alguna vez, porque la historia es voluble, re-

costrarlo. Tememos que pierda además la dinastía reinante, cuyo origen remonta a seiscientos sesenta años antes de Jesucristo. Grandes derrumbamientos se suceden en el mundo. ¿Pueden sobrevenir otros mayores todavía? Dios no lo quiera, pero su sabiduría es inabarcable y si los consiente pensemos que por algo y para algo será.

## ELECCIONES INGLÉSA.

Se aproxima la fecha en que los ingleses han de elegir la Cámara de los Comunes. Les apasiona más que deporte alguno esta contienda en las urnas. Allí se sabe perder, pero se aspira fuertemente a ganar. Hemos declinado nosotros con sequedad el cumplimiento de un hispanista a la elegancia con que nuestros antepasados renuncian. ¿A qué? A lo que sea, y fué príncipe de los ingenios el que sentenció entre nosotros que la derrota es el trofeo de las almas bien nacidas. Nos gustaba treinta años ha esta frase que hoy oímos con acritud. La hidalguía está en el que gana en buena lid tanto como en el que pierde. Que la ilusión más ardiente en las elecciones de la Gran Bretaña sea, pues, la de la victoria. La reforma que instituye el sufragio popular allí, data de 1832. Otras reformas anteriores a ésta han sido elaboradas para que los Reyes cedan algunas de sus prerrogativas al Parlamento. Decimos prerrogativas, cuando más exactamente dicen otros «privilegios», o con más sencillez, preponderancia. Antes de 1832, las reformas en el Reino Unido no han aprovechado apenas a las masas de la nación. El poderío entonces pertenece en realidad a una sola clase: a la aristocracia de los grandes propietarios o «landlords», cuyo conjunto constituye la «gentry». Es ella la que retiene la casi totalidad de los escaños de la Cámara de los Comunes, y, claro está, que la de los Lores. Se reserva asimismo las funciones públicas en embajadas, grados superiores del Ejército, jerarquías de la Iglesia anglicana y primeros puestos de la Administración. Ciertamente la revolución industrial del siglo xviii ha creado una clase de patronos y de grandes comerciantes. La burguesía ha nacido y su suerte está echada, aunque la «gentry» se oponga. Hombres de Estado como Canning o Roberto Peel inician en el xix

la mejora del viejo régimen. No se olvide, hasta para entender este avance, que en 1815 el Imperio colonial de Inglaterra está poblado por 126 millones de habitantes. Aun antes de que España perdiese el suyo, era el primero del mundo. De 1815 hasta mediados del siglo XIX crece el Imperio inglés en las más remotas latitudes del globo: a la vez en Asia, en Oceanía, en Africa y en América. 1829 es el año de la emancipación de los católicos del Reino Unido; 1832 el de la reforma electoral, y 1846 el que, al abolir las leyes sobre los trigos, inaugura el sistema del libre cambio. 1843 nos deja ese retrato de la Reina Victoria que Partridge ha querido que sea de corte y de gran porte y nos conserve en su figura la actitud y las galas del día de la coronación. Aquí en España, como donde quiera, el Estado debe no poco a la burguesía. De la vascongada, que es la que mejor conocemos, sostuvimos que vale tanto como la nobleza que posee títulos o se ha cruzado en las órdenes. Se exige más cada vez y se vigila para que su comportamiento sume ejemplaridades y servicios. Burgueses representativos de gran vigor existen en el mundo, y ahí están los Forsyte de John Galsworthy. Este novelista es muy joven el día que la Reina Victoria se extingue en el castillo de Osborne, en la isla de Wright, después de haber regido un Imperio durante sesenta y cuatro años. Con la Soberana se han apagado las luces de una fiesta de la historia de la que aún se aspira el recuerdo. La han presidido altas constelaciones de la rectitud y de la inteligencia. De manos de la Reina toman el poder, uno tras otro, lord Melbourne, Peet, Russell, Derby, Aberdeen, Palmerston, Disraeli, Gladstone, Salisbury y Rosebery. Combate Inglaterra entre 1837 y 1901 en territorio canadiense, en el Afganistán, en el Celeste Imperio y en la India, contra los sikis en Crimea, en Abisinia, en los frentes aschanti y zulú, en Egipto por la reconstrucción de Nubia, en Burna, en el Transvaal. La mano de la Reina consolida así la tutela real bajo los cielos más varios del orbe. Anima y da sentido a la época que Galsworthy ve desprenderse al morir la Reina Victoria. Tanto como una apoteosis son los funerales de la Reina el adiós a una sociedad y a las pompas en que parsimoniosamente se reclina. Días después de estas exequias la nación

amanece con el alma trocada. «Hemos cambiado —confiesa un duque en sus memorias— de temperamento y hasta de clima.» Esa es la mudanza que John Galsworthy refleja en la *Saga de los Forsyte*, que es de todos sus libros aquel en que el arte de novelar culmina para siempre. El libro, y la frase nos pertenece —si hay algo sobre el mundo a que podamos llamar nuestro—, es la historia de esta gran familia, armada con sus tradiciones, sus prejuicios y hasta sus manías contra un intruso que es el amor. Día a día, hora a hora, redoblan los Forsyte sus precauciones contra sí mismos. Coca o Loarre, Cuadamur o Peñíscola se han encastillado menos berroqueñamente que ellos. No hay barbacana ni sillar de cubo que resista lo que los prejuicios de los Forsyte. Aunque sí: estos hombres, y Soames el protagonista sobre todo, conocen la voz que mueve a los astros, como a los corazones, a la cortesía en la atracción irreparable:

*Shall compare live to a summer's day,  
thou are more lovely, and more temperate.*

Es el grito de siempre: la nostalgia de la forma en criatura mortal que pasa hacia la muerte, la criatura que es la estrella y el escollo, la gracia y la perdición, la salud y el pecado. Soames Forsyte, es como los suyos, de naturaleza escarpada de orgullo, o como el novelista dice, abrupta. Pero esta isla de orgullo será pronto la isla encantada. Ve Soames vacilar dogmas de clase, suspicacias y pudores que eran cimiento y argamasa de su seguridad. A la sonrisa de la criatura mortal que pasa hacia la muerte corresponde una grieta en la armadura de altivez de Forsyte. Ella basta para que el amor vulnere y cante victoria sobre las fuerzas de un hijo del Imperio. Pero los Forsyte no tardan en rehacerse y su certidumbre es de roca todavía. Fundan, como algunos nuestros, empresas firmes, pero además linaje, y engendran prole, luego aristocratizada para la historia.

Las reformas liberales en la era victoriana y después, no han turbado sino accidentalmente la firmeza del Reino Unido; el laborismo y las instituciones de intención socialista tampoco. Lo que la guerra quitó a la Gran Bretaña se lo devuelven las paces y los tratados. No una guerra, sino tres ha

mantenido Inglaterra en medio siglo. Después de la anglo-boer, los conservadores convocaron al cuerpo electoral. El viejo Balfour creía, como Chamberlain, que la contienda en las urnas es un bien en cuanto reafirma la certidumbre de que los resortes vivos de un pueblo no se relajan. Cuando le llamaban escéptico a Balfour, respondía: «Escéptico se puede ser; paralítico no.» Supo como nadie que, pese a todo, el mecanismo estatal es de 32.000 piezas concertadas casi planetariamente. El gobernante que no decide creerlo así, no es buen gobernante. Lloyd George, después de la guerra del 14 al 18, llamó al país a los comicios. Baldwin, en fin, durante la guerra italoetiópica y tras la aplicación de las sanciones a Italia, gran materia de debate, hizo las elecciones de 1935, de las que salió esta Cámara. Diez años ha vivido, y existencia tan larga no conoce más que dos precedentes: el del «Long Parliament», en tiempo de la Reina Isabel, y otro. Desde 1832 ningún Parlamento ha durado más de seis años. La vida media de las Cámaras es de cinco. Con las elecciones próximas serán veintiocho las celebradas desde 1832. De las veintisiete, trece fueron ganadas por los liberales; diez por los conservadores. En las que siguieron a la Gran Guerra, los dos partidos y el tercero, el laborista, se coligaron para presentar candidaturas únicas. Escrutinio hubo también en que la mayoría fué para los conservadores aliados con los liberales y con los laboristas del grupo nacional. Insinuaba un escritor recientemente que la Cámara de los Comunes goza de prerrogativas, si no tan extensas como las de la Corona, sí más reales que las de la Cámara de los Lores. Puede con sólo un voto de mayoría derogar la Carta Magna que desde el siglo xiv es la base de la Constitución, abolir el régimen de propiedad y hasta traer la República. Sí; pero esto que se enuncia suena a tropo oriental, como el que pasa camellos por el ojo de una aguja o rasga la luna con los dientes. Los Comunes pueden eso, aunque los Lores posean la facultad de diferir tres años la aprobación de una ley. La Cámara popular, empero, a abolir la Carta Magna o la realeza preferiría abolir la ley de los graves de Newton, o, por no afligir a un inglés, la de los movimientos de los planetas de Kepler, que es alemán.

La Cámara de los Lores es de 721 miembros, y la constituyen, además de los príncipes de sangre real, dos arzobispos ingleses, obispos de Londres, Durham, Winchester, y otros 21, los más ancianos; 643 pares del Reino Unido de más de veintiún años, 16 pares escoceses elegidos vitaliciamente, 28 pares de Irlanda y cinco jueces de la Corte Suprema («Law lords»). Añádanse 33 miembros menores sin derecho a voto.

La Cámara de los Comunes se compone de 619 miembros, masculinos y femeninos, a los que se retribuye con 400 libras al año. Los doctores y los licenciados de cinco Universidades eligen a los candidatos —once— que ellas designen, pero pueden también votar a los del distrito en que residan. Ante este doble voto, los objetantes más sutiles enmudecen. Las elecciones de que salió la Cámara actual fueron ya antifascistas, aunque sir Samuel Hoare, luego embajador de Inglaterra en Madrid y ahora lord Templewood, Mussolini y Laval habían votado unas bases de arreglo. Sir Samuel dimitió su cartera de ministro de Asuntos Exteriores. Clamoroso fué el triunfo de la coalición nacional, que adhería a los conservadores tres grupos nacionales, uno en el que estaba Churchill y dos de liberales y laboristas, disidentes de los suyos. La oposición aliaba a los laboristas varios grupos, y entre ellos dos, el de comunistas y el de republicanos irlandeses, que eran la pura entelequia. De la coalición nacional, los diputados triunfantes fueron 431, y los de la oposición, 180. De los 431, 387 eran conservadores, y de los 180, 154 laboristas. De los liberales de la coalición salieron 33, y de los otros, 21. La gran mayoría de conservadores ha sido a lo largo de dos lustros modificada por las elecciones parciales. No han ganado en ella puestos ni los laboristas ni los laboristas nacionales, que continúan a los primeros animadores de la coalición que fueron con Ramsay Macdonald, Snowden y Thomas. Ya no acaudilla el otro grupo nacional aliado a los conservadores, el de los liberales con 33 puestos en los Comunes, John Simon, que es a la hora presente lord Canciller y no se sienta en la Cámara. A Simon le sucede Emet Brown, ministro de Producción Aeronáutica. Jefe de los liberales de la oposición es Archibaldo Sinclair, y lo era de los independien-



tes Lloyd George hasta que se llevó la muerte su genio y su figura. Después de la crisis del Gabinete y del cambio de cartas entre Churchill y el jefe laborista, Mr. Attlee, las espadas quedan en alto. El Rey ha ordenado la disolución del Parlamento actual el 15 de junio. El 25 de este mes se procederá a la proclamación de candidatos y el 5 de julio a la votación. El número de diputados con la nueva división de distritos se eleva a 640. Presentan los conservadores 600 candidatos, más que nunca; los laboristas, 500; los liberales, 300; los comunistas, 22, y los independientes, 12. En el nuevo Gabinete de Churchill siguen figuras del anterior, como Eden, Grigg, Hudson, Woolton, Amery, Beaverbrook, Lyttelton y Anderson, y de las nuevas, las más, como Butler, Rosebery, Somervell, son dignas del Gobierno más consistente. Es posible, si los conservadores ganan la elección, que estos ministros, lejos de ser los de un Gabinete electoral, continúen en sus puestos. Centenares de conjeturas y centenares de pronósticos sobre lo que haya de suceder el 5 de julio y después en el escrutinio, hemos compulsado. Hemos leído igualmente muchas tablas A, D, F o G, como las que glosa *The Political Quarterly* para medir las fases de la opinión en vísperas. Nos recuerdan esas tablas, esas otras en que se ensimisman, o si se prefiere, se engolfan los jugadores platónicos de Montecarlo. No es que no creamos en el cálculo de probabilidades, sino que sabemos que las tablas D o F nada tienen que ver con él. Esperemos a que la realidad, ya muy próxima, nos configure cifras exactas. Y hasta de estas cifras algo habrá que añadir o que quitar.

FINAL.

Otros acontecimientos reclaman también nuestro comentario. La operación de optar es patética siempre, y más si lo que se elimina nos apasiona tanto como lo que se elige. Necesidades del ajuste nos obligan a preferir unos temas a otros. Para el sábado 25 de junio se ha anunciado la sesión de clausura de la Asamblea en San Francisco de California. Hasta que nos lleguen detalles exactos de las deliberaciones, mal referidas hasta ahora, no emitiremos parecer: justamente el

sábado será firmada la Carta de Organización Mundial. Demos hospitalidad, complacida, al término de estas notas a unas palabras del director de los Servicios Exteriores de la Agencia norteamericana United Press, A. L. Bradford:

“Después de muchos meses de permanencia en España, he llegado a dos conclusiones definitivas acerca de este país: Primera, independientemente de quien esté o no a favor de Franco, España es hoy, sin género alguno de duda, un ejemplo notable de tranquilidad y progreso en Europa. Este hecho ha sido comprobado por muchos preeminentes europeos y americanos que visitaron España recientemente, y fué enorme su sorpresa al comprobar la excelente situación de este país cuando en los suyos respectivos se tenía la creencia de que venir aquí representaba un peligro para sus vidas. Segunda, que Franco se encuentra ahora más firme que nunca en la Jefatura del Estado español y en el Poder.”

Felicitémonos de esta actitud caballerosa de un periodista extranjero. El suyo es idioma en el que nos entenderemos fácilmente.

PEDRO MOURLANE MICHELENA.